

pinoso : sean tales seres esclavos del hombre ó enemigos suyos, ya los destine la naturaleza á su alimento ó á que le sirvan de agradable espectáculo, todos cobran singular atractivo bajo el pincel de Buffon, y alternativamente escitan el terror, la piedad ó el interés. Ninguno coloca este pintor filósofo en tan magnífica escena, sin marcar el sitio que ocupa en el universo, ni dejar de hacer mérito de los lazos que próxima ó remotamente le unen á la especie humana; pero si se trata de animales solamente conocidos por descripciones de viajeros, y es preciso averiguar su historia y combatir quizá la realidad de su existencia, desde luego entibia el sabio naturalista el impulso de su imaginación: todo lo consulta y analiza, y sorprende uno al hallar un nomenclador infatigable é historiador exactísimo y severo en el mismo de quien solo esperábamos el brillante efecto de su talento descriptivo.

Reflexiones filosóficas mezcladas á la simple exposición de los hechos y al bosquejo de las costumbres, añaden cuando quiera noble realce y utilidad á su lectura. Sin embargo, no deben considerarse como los discursos del filósofo que somete sus pensamientos al riguroso analisis, que tratando de diversos objetos sigue siempre los principios de una filosofía sistemática; ni

mucho menos tampoco cual aquella especie de reflexiones sueltas que cada objeto nos ofrece, que se presentan por si mismas y se reducen á una verdad transitoria y del momento: sino que, por lo contrario, son como raciocinios emanados de las leyes generales de la naturaleza, ó á lo menos tienen la mas estrecha relacion con alguna idea grandiosa.

Así es que en sus discursos sobre los animales domésticos ó carniceros, ó la degeneracion de sus especies, ya se le admira trazando la historia del reino animal considerado en su conjunto; ya hablando, como hombre libre, de la degradacion á que los reduce la servidumbre; como varon sensible, de la ruina á que la especie humana los sujeta; y como filósofo profundo, de la necesidad de esta destruccion, de los saludables efectos de esta servidumbre, y de su influencia en la parte orgánica y en los particulares hábitos de cada especie. De tiempo en tiempo se le escapan rápidas pinceladas que demuestran la sensibilidad y la entereza de su corazon; pero no por esto deja de manifestarse como superior á toda debilidad, hasta el punto que uno se figura, por decirlo así, estar oyendo una inteligencia purísima nada sujeta á las flaquezas de la vida humana, y sin participar de ella sino lo absolutamente necesario para poderse dar á entender de sus individuos.

Detiéndose, por ejemplo, hablando del papagayo, en la diferencia que media entre la mejora de una especie entera, ventaja reservada á la del hombre, y la mejora individual que deben los animales salvajes á la necesidad ó al ejemplo de sus semejantes, y los animales domésticos á las lecciones de su dueño. Esto le da margen á demostrar de que manera el hombre, por el largo término de su infancia y la urgencia de los socorros maternos, contrae desde muy temprano el hábito de una comunicacion íntima que lo inclina á la sociedad y ordena á este fin el tardo desenvolvimiento de sus facultades, haciéndolas susceptibles de mayor perfeccion en un sér tan felizmente organizado, al paso que nacido con muchas mas necesidades.

En vano se diria que esta diferencia entre nosotros y los animales es menos notable y sólida de lo que le parece ser á nuestro sabio Naturalista; y en vano se quisiera probar con el ejemplo de los castores que existe en ellos cierta posibilidad, aunque lenta, de mejorarse; la cual podria estenderse fuera de los límites que nos atrevemos á señalarle, si libres del temor que les causa la presencia del hombre, sometidos por circunstancias locales á necesidades harto fuertes para escitar su actividad, pero no tanto que pudiesen destruirla, se viesen en la

precision indispensable de desplegar su energía. Los discursos de Buffon y la admirable fuerza de su raciocinio, ni siquiera dejan vacilar un momento.

El conocimiento anatómico de los animales no es la parte menos importante y bien acabada de su historia. Tuvo para redactarla un socorro eficaz en la amistad generosa de cierto esclarecido naturalista, quien dejándole á Buffon la gloria de sus mágicas pinturas y filosóficas reflexiones, que tanta impresion hacen á toda suerte de personas, contentábase en su modestia con merecer el aprecio de los sabios por medio de exactas noticias, de observaciones hechas con escrupuloso rigor, y de cálculos originales que solo ellos podian apreciar. De ahí es que no pocos naturalistas han manifestado sentir que Buffon no hubiese tenido para la historia de las aves este ilustrado consocio: sin embargo, debemos confesar en su honor que solamente lo sintieron los eruditos, sin que tratemos de rebajar por esto el justo homenaje que se debe á la laboriosidad y al mérito de Mr. de Daubenton.

La historia de las sustancias minerales se siguió á la de las aves; y acaso pudiera acusársele á Buffon de no haber dado en ella la importancia que se requiere á los exactos descu-

brimientos con que los químicos modernos han enriquecido la ciencia de la naturaleza, y al método analítico que tan fácilmente encamina al hallazgo de la verdad, teniéndonos en espectacion quando no está todavía en nuestro alcance, sin permitir jamás que se le sustituya el error; pues está fuera de toda duda que el análisis químico de las sustancias minerales es el único medio de cimentar su nomenclatura con solidez, y derramar alguna luz en las antiguas revoluciones que dieron lugar á su formacion. A pesar de esta notable falta, hállase en aquella historia el talento y la filosofía de su historiador, sus ingeniosos cálculos, su mucha penetracion, y aquel singular instinto para aprovecharse de cuanto puede servir de apoyo á sus principios, con el que deslumbra á sus lectores haciéndolos admirar los espléndidos recursos de su imaginacion, por mas que se niegue el juicio á admitir por verdaderos sus principios.

La *Historia natural* encierra una obra de diferente especie, bajo el título de *Aritmética moral*, digna por todos títulos de que nos detengamos á analizarla. Si una aplicacion del cálculo á la probabilidad de lo que puede durar la vida del hombre entraba en el plan de la historia natural, no podia desentenderse Buffon, al examinar esta parte de ella, de echar una ojeada filosófica

á los principios de un cálculo tan sutil y al carácter de sus diferentes consecuencias. Allí establece la opinion de que las demostraciones matemáticas no son verdades reales, aunque absolutas, sino verdades de pura definicion: idea exacta, si se toma rigurosamente en sentido metafísico, y aplicable entonces á las verdades de todas clases, como sean determinadas y no tengan individuos por objeto. Si se trata empero de reducirlas á la práctica, y hacerlas individuales ó numéricas por medio de la aplicacion, siguen tambien la marcha de las verdades matemáticas; y de absolutas que antes eran, pasan á ser únicamente aproximativas: y he aquí que solo existe entre ellas esta diferencia, que las ideas en cuya identidad estriban las verdades matemáticas ó las físicas son en el primer caso mas abstractas, en el segundo mas distintas; de donde resulta que tengamos con respecto á las verdades físicas un recuerdo claro de los individuos cuyas calidades comunes espresan, lo que no puede suceder con respecto á las primeras. Sin embargo, la verdad absoluta, las ventajas de una proposicion cualquiera son independientes de semejante distincion, debiendo considerarse una verdad como real y fuera de toda duda siempre que, al aplicarla á un objeto existente, guarda su carácter de verdad absoluta ó

se manifiesta por lo menos sin restriccion aproximada.

Proponia Buffon el señalar un determinado valor á las probabilidades que encierran una certidumbre moral, desentendiéndose de la posibilidad remota de un acontecimiento contrario. Este principio es cierto cuando se quiere aplicar al uso comun el resultado de un cálculo, en cuyo sentido lo han adoptado los comerciantes en sus operaciones mercantiles, y en sus investigaciones los filósofos; pero deja de serlo si se le introduce en el cálculo mismo, y si se trata sobre todo de servirse de él para establecer teorías, explicar paradojas, y defender ó combatir principios generales. Por otra parte, esta probabilidad, que puede llamarse *certidumbre moral*, será mas ó menos positiva segun la naturaleza de los objetos á que se aplique, ó de los principios con que debamos gobernarnos; y hubiera sido necesario, al efecto de llevar á buen término este sistema, indicar para cada clase de verdades y de acciones el punto en donde empezare á ser cuerdo el creer en tal probabilidad, ó el obrar segun las leyes de su influjo.

No por un movimiento de injusta critica, sino por el respeto que nos inspiran las obras de nuestro ilustre consocio, nos permitimos las observaciones que acabamos de bosquejar; pues

quando se hallan ideas al parecer inexactas en libros escritos para seducir al entendimiento humano lo propio que para ilustrarlo, es poco menos que un deber el someterlas á tan riguroso exámen. Contribuye tanto la admiracion á que demos crédito á los pensamientos atrevidos de un autor célebre, que arrebatados por el prestigio de su nombre y las gracias de su estilo, no solo suscribimos á su doctrina, sino que llegamos á temer hasta la reflexion de la duda, porque debilita el entusiasmo y disminuye nuestro deleite. A pesar de quanto hemos dicho, ya que no seamos deudores al ilustre Conde de haber derramado nueva luz en esta parte de las matemáticas y de la filosofia, lo somos á lo menos por habernos dado á conocer la utilidad de tales investigaciones, poniendo en claro la correspondencia sutil que las enlaza con la historia natural del hombre, y aun por haber derramado estas luces sobre una clase numerosa que no hubiera podido buscarlas entre los escabrosos principios de las obras de geometria. Esto es contribuir á los progresos de una ciencia que, sometiendo al cálculo los acontecimientos dirigidos por leyes que llamamos irregulares porque nos son desconocidas, parece estender el imperio del entendimiento humano mas allá de sus limites naturales, y ofrecerle un medio

de llevar su atención y sus indagaciones hácia los espacios inmensurables que tal vez no le será permitido recorrer jamás.

No solo se han condenado en la filosofía de Buffon los sistemas generales de que hablamos, harto frecuentes, á la verdad, en el discurso de sus obras, sino y tambien un espíritu demasiado sistemático, ó por decirlo mejor, cierta propension á deducir consecuencias ilimitadas de lo primero que hiere su fantasía, descuidando el exámen de cuanto pudiera hacerlas dudosas, disminuir su universalidad, ó despojarlas de aquel aire de grandeza, aquel carácter imponente tan propio para arrastrar las imaginaciones ardientes y móviles. He aquí porque los sabios que buscaban la verdad en sus producciones se han manifestado descontentos de verse sin cesar obligados á defenderse contra la seducción de su elocuencia, y de hallar á cada paso, en vez de resultados positivos para servir de base á sus propios experimentos, proposiciones inciertas que examinar, é intrincadas dudas que resolver.

Pero si le atrajo la *Historia natural* toda suerte de censuras, el estilo en que está escrita le valió un sin fin de admiradores. Buffon es poeta en sus descripciones; pero semejante á los grandes poetas, sabe arrebatarlos con la pintura de

los objetos físicos, que llena del mas vivo interés, mezclando en ella con arte oportuno reflexiones morales que conmueven al alma, al propio tiempo que se recrea la imaginación, ó está profundamente llena de asombro. Su estilo es armonioso; mas la armonía que se percibe en su lenguaje no es la que suena en todos los autores que han escrito con alguna corrección, y á quienes no ha rehusado la naturaleza un buen oído, sino aquella armonía que forma parte del talento y que aumenta las bellezas de un escrito por guardar cierta correspondencia sutil entre las imágenes y los sonidos, haciendo que la frase ora corra fluida y sonora, ó ya siga majestuosa ó ligera á tenor de las pasiones que se trata de inspirar ó de los objetos que se propone describir.

Si ostenta nuestro historiador mas abundancia que concisión, es notorio que esta riqueza se halla en los objetos mas bien que en las palabras, puesto que nunca se fija en una idea simple sino para considerarla bajo mil aspectos, aunque los espresa todos con precisión. Sus cláusulas son rotundas y pomposas; pero su dicción corresponde á sus ideas, que son vastas; magníficas las imágenes, y tan naturales á su pluma el nervio y la energía, que parece imposible pudiese hablar ó pensar de otra suerte. Se ha elogiado

la diversidad de sus acentos, y criticado al propio tiempo su monotonía; pero esta misma censura debe mirarse como un testimonio del mérito que brilla en sus escritos. Ya sea que pinte la naturaleza sublime ó terrible, ó mas bien dulce y placentera, ya sea que describa el furor del tigre, la pompa del caballo, la fiereza y rapidez del águila, los brillantes coloridos del colibrí, y la ligereza del pájaro mosca; flexible su estilo se reviste del carácter de aquellos objetos, pero no por esto desmerece de su dignidad majestuosa: y como siempre retrata la naturaleza, no se le puede ocultar que se ha complacido manifestando su poder aun en aquellos objetos que parecen mas despreciables. Así es que penetrado de respeto por los grandes fenómenos del universo, por las leyes generales á que están sujetas las diversas partes de aquel inmenso todo que se propuso bosquejar, donde quiera se deja percibir este sentimiento, formando en cierto modo el fondo del cuadro sobre el cual su rápido pincel derrama con profusion la mas agradable variedad, sin que deje nunca de sentirse la veneracion religiosa que le inspiran tantas maravillas.

Este arte de pintar cuando solo parece referir, este talento de ensalzar con su mágica elocuencia objetos tratados hasta entonces con cla-

ridad y hermoeados acaso con ingeniosas reflexiones, pero que no se creian apropiados para la oratoria, sedujeron desde luego á todos los hombres; y como la lengua francesa se habia hecho ya el idioma de la Europa, donde quiera tuvo Buffon admiradores y discípulos. Y lo que se ha de mirar como mas glorioso á su memoria, por las útiles consecuencias que produjo, es que el suceso de esta grande obra fue época de una revolucion literaria, puesto que nadie pudo leerla sin sentir un vehemente deseo de cultivar el estudio de la naturaleza. La historia natural fue desde entonces una ciencia casi vulgar, ó un pasatiempo por lo menos de todas las clases que componen el órden social; y no hubo persona regularmente instruida que no desease poseer un gabinete científico con el mismo entusiasmo con que se suspiraba antes por una biblioteca. Mas el resultado no puede ser igualmente ventajoso, por cuanto en las bibliotecas solo se consigue acumular diferentes ejemplares de unas mismas obras, cuando por el contrario en los gabinetes se reunen siempre individuos distintos, que multiplicándose cada vez mas, hacen que los naturalistas puedan observarlos con exactitud, y sea de consiguiente difícil que escapen de sus observaciones los objetos que merezcan alguna consideracion.

La botánica, la metalurgia y los demás ramos de la historia natural mas inmediatamente enlazados á la medicina, al comercio ó á las artes, habian sido fomentados y protegidos; pero solo Buffon supo inspirar interés á la ciencia misma y al conocimiento de la naturaleza, granjeándole por discípulos y amigos, soberanos, hombres de estado, varones doctos, y cuantos aman el bien de la humanidad. Mas seguros desde entonces de alcanzar las recompensas debidas á su laboriosidad, y pudiendo ya aspirar á esa gloria popular que aman los sabios, por conocer mejor su precio que los demás hombres; se entregaron los naturalistas con nuevo ardor á sus estudios, multiplicándose á la voz del Conde de Buffon en las provincias, lo mismo que en las capitales de Francia; y en los demás puntos del globo, lo mismo que en los demás reinos de Europa. Verdad es que ya de antes se habia procurado inspirar á los hombres una justa inclinacion al estudio tan necesario de las ciencias naturales; verdad es que el conocimiento de la naturaleza era mirado con aprecio, y que el espíritu de investigacion que desde mucho tiempo les animaba, les habia conducido á remotos países para conocer la superficie del globo y penetrar en su recóndito seno: pero siempre puede aplicársele á nuestro autor lo que él mismo habia dicho de

otro filósofo igualmente célebre, su rival en el arte de escribir, y como él acaso mas útil por el efecto de sus obras que por las verdades que encierran; esto es: que *si bien otros publicaron los mismos principios, él los ha anunciado en nombre de la naturaleza, y nadie se ha resistido á obedecerle.*

El talento de comunicar á los demás el entusiasmo que nos anima y de obligarles á unirse de consuno con nosotros para concurrir á un mismo fin, no es acaso menos necesario que el talento descubridor para la perfección de nuestra especie; acaso no es menos raro, ni exige menos las elevadas calidades del entendimiento que arrebatan nuestra admiracion. Lo que concedemos á los célebres discursos de la antigüedad, cuyo efecto no duró mas que un solo dia, ¿podríamos negarlo por ventura á los escritores cuyas obras producen efectos mas generales, mas frecuentes y duraderos? Ensalzamos la elocuencia del que disponiendo á su placer de los ánimos de una asamblea pudo determinarla á una accion generosa ó heroica; ¿y rehusaríamos tributar el mismo aplauso y homenaje al célebre naturalista que supo dar diverso rumbo á la inclinacion de los hombres, llevándolos á un estudio útil, y promoviendo una revolucion que formará época en los anales de las ciencias?

Si, pues, la gloria debe medirse por la utilidad, en tanto que los hombres no obedezcan el solo impulso de la razon, en tanto que no solo sea necesario descubrir verdades sino tambien obligarlos á recibirlas, merecerán sin duda ser colocados al nivel de los espíritus creadores aquellos varones elocuentes que nacieron con el talento de difundir el amor á la verdad, y escitar los ingenios para nuevos descubrimientos; puesto que sin ellos no hubieran acaso existido estos últimos, ó á lo menos, desdeñados sus inventos, hubieran por lo mismo debido quedar inútiles y sin fruto.

Aun cuando una imitacion mal concebida de las obras de Buffon hubiese introducido en los tratados de historia natural el gusto para los sistemas vagos y las fútiles y vanas declamaciones, este mal seria de poco ó ningun momento en comparacion á lo mucho que debe la ciencia á los trabajos de nuestro sabio; por quanto las declamaciones y los sistemas solo están destinados á una corta duracion, mientras que los hechos permanecen siempre: así es que semejantes obras recargadas de oropel desaparecerán bien pronto de la memoria de los hombres, cuyo aprecio se habia buscado por medios equivocados, al paso que las verdades que no dejan siempre de encerrar, sobrevivirán á su caída para la comun utilidad.

En dos clases pueden dividirse los grandes escritores cuyas obras escitan una admiracion eterna, y son leidas aun cuando, por haberse vulgarizado sus doctrinas, perdieron ya la utilidad y el interés. Dotados los unos de seguro y delicado tacto, de alma sensible y exacto entendimiento, nada presentan que no esté escrito con claridad, decoro y elegancia, con aquella propiedad en las palabras, aquella precision en las ideas y en las espresiones que permiten al lector saborear sus bellezas sin que ninguna impresion desagradable interrumpa levemente el deleite que percibe. Sea cual fuere el objeto que examinen, los conceptos que los ocupen, las emociones que los exalten, tienen el arte de saberlo pintar como lo sienten y con todas las imágenes que deben acompañarlo y sin que se trasluzca en sus cláusulas ningun genero de esfuerzo, ni afecten aquella estremada correccion que parece disminuir el mérito de un buen escrito. Lejos de andar afanados por hallar los modos de espresarse, no parece sino que todas las perfecciones de la oratoria andan colgadas de su pluma para deramar en sus obras la armonía, la elegancia y la fluidez. Así han escrito Boileau, Racine, Fénélon y Massillon, que pueden tomarse por modelo siempre que aspiremos á trazar un cuadro interesante y fiel, al mismo tiempo que anima-



do y enérgico, de lo que pensamos y sentimos.

Hay otros ingenios cuyo estilo parece enteramente embebido en las ideas de que hace mérito. Así es que si se trata de separarlas, no solo se destruyen sus bellezas, sino que desaparecen aun los pensamientos, por cuanto deben al nervio de la espresion un carácter particular, análogo á la vehemencia con que el autor los concibe. Tales fueron Corneille, Bossuet y Montesquieu, y tal igualmente ha sido el ilustre Conde de Buffon.

Si queremos tomar á los primeros por modelo, podemos hacerlo sin temor de estrellarnos; porque, como todo el secreto de su arte consiste en espresar bien lo que sienten, aquel que en la lectura de sus obras se hubiese penetrado bien de sus pensamientos y sabido apropiárselos, podrá aproximarse á sus modelos siempre que los suyos sean dignos de ellos; de manera, que sin que la imitacion parezca servil, mientras que las ideas le pertenezcan, ni se espondrá á parecer defectuoso, ni tampoco á perder su originalidad.

Mas no así con respecto á los últimos. No tiene duda que hieren la imaginacion con mas vehemencia que aquellos, ya porque su carácter de singularidad es mas notable y continuado, ya porque menos ocupados con la cultura y demas calidades del estilo, no disimulan tanto

sus osados vuelos, al paso que no pueden como ellos resolverse á sacrificar la energía al gusto y á la razon, y ya tambien porque retratándose sin cesar su carácter en sus escritos, deben transmitirse con mas rapidez y ejercer á la larga una impresion mas profunda y duradera; pero estos modelos pueden al mismo tiempo ser muy peligrosos. Para imitar debidamente su estilo, seria necesario poseerse de sus ideas, ver los objetos con el mismo entusiasmo que ellos los ven, y sentir como ellos sienten; de otra manera, será en balde que lucharán siempre sus imitadores. Si el modelo les ofrece pensamientos originales y grandiosos, ellos solo presentarán ideas comunes revestidas de frases extraordinarias; y si los unos despojan á las verdades abstractas de su aridez, animándolas con imágenes brillantes, ostentarán los otros conceptos triviales, envueltos en metáforas ridiculas é ininteligibles: el primero habló de todo con calor, porque su imaginacion estaba continuamente exaltada, y el insensible imitador ocultará su frialdad á la sombra de fórmulas ineptamente apasionadas. En estos escritores las mas de las veces nacen los defectos de las mismas bellezas, están íntimamente unidos con ellas, y son mas difíciles de discernir; pero el imitador, sin poder hacerse con las bellezas del original, nunca deja de tras-

mitir á sus copias estos mismos defectos. Si queremos, pues, valernos de estos autores para una acertada imitacion, en vez de querer apropiarnos sus modos y en vez de querer remedarlos copiando lo que mas en ellos nos arrebató la atencion, es preciso ante todo penetrarse bien de sus bellezas, y aspirando nada menos que á producir las iguales, aplicarse desde luego con tesson á imprimir como ellos un carácter enteramente original á nuestras producciones.

Por consiguiente, si con suma razon se graduaria de injusticia el achacar á tan grandes hombres las faltas de sus imitadores, imputándoles el haber corrompido el buen gusto porque estos carecian de él, no menos debiera reputarse por tal el acusar á Buffon de las ideas vagas ocultas entre la hojarasca de espresiones altisonantes, de las imágenes incoherentes, y de la ambiciosa pompa que desfigura tantas producciones modernas. El entusiasmo con que se admiran aun los mismos defectos de los hombres ilustres, hace que se multipliquen y prosperen por un tiempo estas inhábiles y desastradas imitaciones; pero al fin desaparece todo, y cediendo el mal gusto al imperio de la razon, solo queda para siempre lo verdaderamente bello: así pues, de la misma suerte que el Arzobispo de Cambray dió á la lengua francesa número,

blandura y fluidez, Bossuet y Cornille nervio, elevacion y osadía, así tambien á Buffon le deberá para siempre el haberla engalanado con admirable profusion, magnificencia y grandiosidad.

Diráse que el estilo de nuestro Conde no presenta igual grado de perfeccion en todas partes; pero en los trozos destinados á producir grande efecto brilla siempre aquella correccion y pureza sin las cuales no se puede aspirar á una celebridad duradera. Si tal vez se permite algun desaliño, es tan solo en discusiones puramente científicas, donde las leves manchas que deja no destruyen la belleza del total, antes bien sirven acaso para que mas nos deleiten las gallardas pinturas que le siguen.

Mas solo á fuerza de trabajo llegó Buffon á perfeccionar su estilo de suerte que, no pudiéndose advertir en él las hondas trazas de la lima, nos sedujera siempre con una soltura hija al parecer mas bien de la naturaleza que del arte, por cuanto en cualquier escritor esta calidad, la mas preciosa á que puede aspirar, depende solamente del arte de saber disimular sus esfuerzos, y de presentar sus pensamientos como si hubiesen sido concebidos sin la menor interrupcion segun el orden mas natural ó que mas sorprenda, revistiéndolos al propio tiempo de